



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12862

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 26 DE SEPTIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Casimirtu 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Vivir muriendo

A pesar de las observaciones que uno y otro día vienen haciendo los periódicos de todos los matices, lo mismo los de provincias que los de Madrid, acerca del encarecimiento de las subsistencias, es lo cierto que no se observa en el gobierno la diligencia necesaria para solucionar esa cuestión.

Tiene, sin embargo, tanta trascendencia, que no puede desatenderse un instante su remedio, sino se quiere que durante el invierno se enseñoree la miseria de las regiones españolas. Los anuncios que al presente se hacen no dejan lugar a duda respecto a las condiciones en que habrán de subsistir las clases humildes.

Por lo pronto, los panaderos se quejan de que pierden y anuncian su propósito de subir el pan si no baja la harina; y al mismo tiempo, según se hace constar en una información que publica «La Correspondencia», muy pronto habrán de encarecerse también, mas aún de lo que ya están, varios otros artículos de tan necesario consumo como el aceite. El aceite ha subido de cuatro a seis reales la arroba; el vino, a causa de la mala cosecha, ha aumentado de precio en varias regiones; el tocino también está en alza y la tendencia general de los mercados es elevar también el precio de la carne y la azúcar.

Los restantes artículos—añade el colega—de primera o no primera necesidad, también tendrán que encarecerse necesariamente. Y la razón es sencillísima: el año pasado, la depreciación media de la peseta fué de 84 por ciento próximamente; este año es ya de 38, y será aún mayor; de manera que nuestra peseta ha perdido un cuatro por ciento de su valor, y esa por-

ción tiene que pagarla irremisiblemente el país, y ha de reflejarse en el precio de todas las mercancías.

No acertamos a comprender la pasividad del gobierno en este asunto. La crisis económica que estamos atravesando se hace cada día mas intensa, y solo disponiendo de grandes recursos puede atenderse a las mas apremiantes necesidades. Millares de familias llevan una vida de miseria, sin trabajo y sin recursos, agotándose y destruyéndose su organismo por insuficiencia de alimentación.

No es extraño que en estas condiciones, nuestro pueblo, exhausto de fuerzas, se caracterice al presente por su alonía y su falta de voluntad en todas las cuestiones, y aún en aquellas que mas le interesan. Vivir muriendo, esta es la verdadera situación en que se encuentra la inmensa mayoría de los españoles.

Es verdad que el señor Maura se preocupa del asunto; él mismo lo dice a los periodistas para que éstos lo hagan saber al público; pero de ahí no pasa.

Al menos hasta ahora no hemos visto que sus prebendaciones se traduzcan en medidas que tengan por objeto la pronta solución del problema de las subsistencias.

POB LA MARINA MERCANTE

Entre los numerosos problemas que profundamente interesan la economía nacional, habrá pocos que alcancen la intensidad y la amplitud que presenta el de la marina mercante.

Se dijo que a un estudio dedicaba el señor Maura sus ociosos veraneos, y las personas, que se preocupan con estas cuestiones, las clases sociales que de ellas y por ellas viven, las entidades que ahí encuentran un gran razón de ser, esperan con ávida atención la obra del presidente del Consejo de ministros.

Nadie, en el campo de la política, se ha mostrado, como dicho señor, tan poe-

do de lo que la marina mercante es y puede ser para un país situado entre los dos grandes mares de la civilización, con excelentes puertos naturales, con abundancia de primeras materias que transportar, con relaciones comerciales que cultivar y con centros fabriles, a cuya iniciativa y actividad esta industria ha de corresponder.

Son ya tan antiguos como conocidos los trabajos de D. Antonio Maura para remover, desde los escaños del Congreso y desde las Asociaciones y Asambleas constituidas a tal fin, los obstáculos que el exclusivismo, las torpezas de nuestra Administración, las conveniencias parciales y egoístas han opuesto siempre al desarrollo de la marina mercante.

Y ahora, que el insigne patriota tiene en sus manos la fuerza del Poder público, hay que esperar que en tan altos objetos la emplee.

De ahí la verdadera ansiedad, con que se espera conocer la obra.

La industria naviera pasa por una crisis que empieza en la general depresión de las energías económicas del país, debida a la excesiva carga que sobre él pesa, y acaba en esa serie de trabas, gabelas y socialías, con que singularmente se la entorpece en el cumplimiento de sus fines.

En la labor necesaria, para poner término a tal estado de cosas, ha de mostrar el Sr. Maura tanto su patriotismo como su firmeza.

La resolución y la perseverancia son aquí de todo punto imprescindibles. Y si a esas dificultades repetidas con el carácter de debates políticos, de cuestiones personales en el Parlamento, de conflictos y de escándalos, no dejan tiempo para ultimar la empresa, por lo menos, que todo el mundo perciba de quién es la culpa y a quién incumbe la responsabilidad.

Después de aquel magnífico impulso, quizás exagerado, pero fecundo y generoso, que tanto relieve dió a nuestra marina mercante, colocándola en lugar muy lucido entre todas las de Europa, nada de eficaz se ha hecho para sostenerla en el puesto por ella creado.

Como decía la Asociación de Navieros de Bilbao, 150 millones de pesetas empleadas en la compra de buques, en pocos años, es una suma de riqueza nacional, que no puede ser mirada con indiferencia.

Quiso la adversa fortuna, incalculable contra España, que precisamente, cuando se establecía con esa amplitud el negocio naviero, bajase el precio de los fletes y no

podiera obtenerse de él los rendimientos esperados.

Para evitar que esa tiquena, creada há poco tiempo, y la que ya existía, se malbarata, pídese con legítima instancia la protección del Estado.

Va ésta a determinarse en el proyecto que hoy tendrá lectura en el Consejo de ministros.

Dícese—nosotros no podemos asegurar, pues no conocemos el proyecto—que muchas de las demandas formuladas en el último Congreso naviero son atendidas, y que las bases son amplias y muy racionales; que se ha procurado armonizar, en lo posible, los intereses y que el Sr. Maura confía en que la opinión quedará satisfecha.

¡Buena falta hace que se le den algunas satisfacciones!

Aunque la mayor de todas será la de ver el proyecto aprobado y mejorado en cuanto sea factible.

Con ello podrá el Gobierno contestar a los que le acusan del pecado de inacción.

GENTES TEMERARIAS

Al mismo tiempo que el globo de Speltzini atravesaba por encima de los Alpes realizando una de las más trascendentales ascensiones aeronáuticas, cruzaba todas las fronteras, en alas de la electricidad la noticia de haberse inaugurado, en Roma, bajo la presidencia de Sergi el primer Congreso internacional del librepensamiento.

El hombre sube material y moralmente a las más elevadas regiones y los espíritus apocadados llenos de inquietud, pisan de abajo al como a Icaro se le desmenuzan las alas, y cuando los aeronautas desde tan inmensa altura, para hacerse una tortilla. ¡Quién sabe!

La gente propende a lo temerario. Ahora mismo refieren los periódicos el caso de un niño ruso, que lleno de ardor patriótico salió de Puerto Arturo burlando al enemigo, escondiéndose en las malezas y detrás de las rocas para explorar los alrededores y dar informes y noticias acerca de los elementos y planes de los sitiadores de la plaza.

¡Pero hay nada más temerario que los combates de la Manchuria!

Hay, pues, que respetar profundamente esas manías de grandes y chicos, de orga-

nismos colectivos ó iniciativas individuales, porque el hombre ama el peligro, y como dice el refrán: «en el peligro, en la gloria».

Digalo si no, es decir, ya no lo puedo decir, ese desventurado caudillo que en la batalla de Liaoyang mandaba la división que constituía la extrema izquierda rusa, a quien se atribuye, por exceso de celo, e tremendo descalabro experimentado por los rusos, y que se ha levantado de un tiro la tapa de los sesos, al enterarse de su tremenda equivocación.

Speltzini en su globo bamboleando a los Alpes, Sergi en su avión, libre pensador compadecidónos a los españoles. Calasillo Souyet, el niño ruso, burlándose de los nipones, y el general Orloff, matándose a sí mismo, no son sino ejemplos a las claras de una chifladura general, que impulsa hacia lo peligroso cuando tan cómodo y sencillo es disfrutar de lo apacible y seguro.

La gente se atrepella y afana por lo maravilloso, y así se explica que se encacharan los automóviles, que explotan los cartuchos de dinamita, no en el belicó de los anarquistas, sino en las puertas de los conventos, que se hundan los pontones al paso de los trenes y que ardan como papas los montes públicos.

¡Siempre lo temerario! Pero si no fuera por eso, ¿valdría la pena vivir?

Es de estar siempre dando vueltas a la noria de la rutina, se es de ser superior, sino de ganar adiciones.

Un torero que se burla en el coliseo después de una larga serie de proezas en su arte, merece la consideración, y el respeto de sus contemporáneos, lo mismo que el aeronauta que desciende libre y empujando el globo.

Los que se dedican a la atención son los que se meten en un arroyo, ahogados en el invierno y fucos en el verano, para comprometer al artífice, dedicándose cuando más a la entretenida labor de casar moscas.

Y quien dice moscas, dice gángas, sin riesgo al peligro, a sea, sin exponer el cutis a las inclemencias de la adversidad.

El director del Instituto Antropológico de Roma, quiere librar al pensamiento humano de todo prejuicio dogmático y religioso, y aspira a la completa emancipación de la conciencia.

Es una aspiración, tan respetable como la de Franklin queriendo arrebatar su secreto a las nubes; como la de Santos Du-

—Parece que el banquero en cuestión, una vez despedido, al enojado, se arrepió en extremo. Hizo que corrieran tras de él, pero no lo alcanzaron. Mas si volviera a presentarse este, tendría los sesientos mil francos.

—¡Bahl! ¿quien sabe?

—¡Estoy seguro de ello! Por eso es que he venido a verle a Vd. señor baron Ayer tenía intenciones de devolverle a Vd. cien mil francos sobre los doscientos y de entregárselos las notas.

Hoy, vengo a proponer a Vd. que me firme el pagaré adjunto, cuya fecha está en blanco.

Y el tío La Lluvia colocó ante los ojos de Beltran una hoja de papel sellado, que decía así:

«El abajo firmado, acreedor de la casa de banca en liquidación Valbonne; pagará a la vista y orden de la suma de trescientos mil francos.»

—Ya Vd. ve, caballero, dijo el tío La Lluvia, que hago las cosas con regularidad. Si me informes que lo doy a Vd. no son capaces de permitirle a Vd. arruine a su enemigo en pocos meses, si la liquidación no se efectúa, su pagaré de Vd. es nulo y sin valor.

—Está bien; pero y mis doscientos mil francos?

—Soy honrado, va Vd. a verlo. He aquí un recibo que acredita que los doscientos mil francos han sido

depositados en la caja de Valbonnette. Podrá Vd. hacerlos retirar cuando le acomode. ¿Está en regla la operación?

—Sí.

—Entonces firme Vd.

—Una palabra, aun...

—Escuche.

—¿Qué le mueve a Vd. dinero por dinero a darme la preferencia?

—Una suma de sesenta mil francos, que he cobrado por fuera y que son francos de M. de Valbonnette.

—Ahora, entiendo, dijo Beltran.

Tomó la pluma y firmó.

El tío La Lluvia, hizo desaparecer el pagaré en una cartera tan graciosa como su sombrero; después se levantó y mirando fijamente a Beltran:

—¡Parece odia Vd. profundamente a ese hombre!

—No a él, sino a su hija.

—¡Ah! ¡ah!

El tío La Lluvia tuvo una visita seca y nerviosa. Después dió un paso hacia la puerta.

—¡Pues bien! dijo, vaya Vd. esta noche al lado de mi puerta, y se verá con el hombre a quien dió Vd. el ta antes de ayer.

las cejas y un cigarro en la boca por la calle Lafitte y el lado izquierdo del boulevard, evitando con cuidado el pasar delante de «Tortoni».

En la esquina de la calle Lamartine se paró y tuvo un consejo consigo mismo.

—¡Veamos! se dijo; antes de hacer un pacto de alianza con este hombre, es bueno pensar un poco en él é inquirir qué pasión es la que le mueve.

Su facha es enfermiza, y su cabello cano me indica que no ha podido amar a la señorita de Valbonne ni ser despreciado por ella.

Al padre es, pues, a quien odia.

Sin embargo, M. de Valbonnette pasa por hombre generoso y de carácter franco. ¿Qué mal puede haber hecho a este desconocido?

Beltran agotó en diez minutos todas las suposiciones imaginables, y no creyó deber admitir ninguna.

Todas eran a cual más absurdas.

Y como no encontraba ninguna solución al problema, y el odio del desconocido fuera para él un enigma, se decidió a esperar a la hora de la casualidad, y se metió por la calle Lamartine.

Llovía un poco; la calle estaba casi desierta. No obstante, un hombre que parecía esperar a al-